Revista Agustiniana 175-176 (2017) 237-272

DECLARACIÓN DEL PATER NOSTER POR LA MANERA DE SOLILOQUIO [1]

San Alonso de Orozco

OROSIO.–No sólo la promesa que en un documento de la suma que de este libro me disteis, os obliga a enseñarme una oración que yo más deba usar y tratar en mi corazón siempre, más aún ser este *Vergel de oración* y tener tal título pedía que su fin fuese conforme a su principio y nombre, acabando en oración: por tanto, yo os ruego, Agustín, os acordéis que una vez diciéndome ser gran oración y perfecta en todas las cosas, decir a Dios *fiat voluntas tua,* prometisteis de declararme el "*Pater noster"* en estilo de soliloquio , por quitar prolijidad y disminuir más el hastío del que ora: no resta, sino que pues tan gran prenda es la palabra, que no hay otra mayor, cumpláis lo que dijisteis y satisfagáis mi deseo.

AGUSTÍN.–Ya con el título del libro cumplimos, cuando la manera de orar dijimos ser muy acabada, si según el Señor oró en el Huerto, nosotros oráremos diciendo: *Padre celestial, pase este cáliz de mí; no sea como yo quiero, sino vuestra santa voluntad se cumpla* (Mt 26,39-42). Cada tribulación que padecemos cáliz es: y aun la vida penosa que vivimos cáliz amargo es, siendo desterrados del cielo, tan lejos de la vista de nuestro Padre y Creador. De este cáliz podemos siempre pedir al Señor que pase, sujetándonos a su voluntad santísima, como hijos obedientes y sujetos a tal Padre. También a la promesa tenía con demasía cumplido, pues ya habéis visto otras declaraciones sobre esta oración dominical del "*Pater noster"*, no solo

[1] Obras del Beato Alonso de Orozco del Orden de San Agustín. Vergel de oración, Monte de contemplación. Tomo I, Salamanca 1895, 319-407.

en doctores antiguos y santos que de ella hablaron, mas también de los que en nuestros tiempos acertadamente escribieron.

OROSIO.–No es pequeño tesoro, que más y más cada día los doctores y sabios escribiesen sobre la Sagrada Escritura, porque no falten mantenimientos diversos al ánima, tan capaz de tan dulces manjares: mayormente que, como dice San Agustín: *No todos los libros van a manos de todos,* y porque solo a uno aprovechase un libro, era bien empleado todo el trabajo del que le escribió: pues un ánima vale más que todo el universo, por haber sido su precio la vida y pasión del que la creó. También como San Pablo diga que hay dos mesas en este mundo, una de Jesucristo y otra de Belial satánico (1 Cor 10, 22), ¿por qué razón nos han de llevar ventaja los que a la mesa de vanidad con tanto cuidado ministran, sacando cada día libros mundanos, coplas de disparates y amor vano, volúmenes de mentiras sin cuento? ¡Quemados los viese yo todos, que uno no quedase! Mesa de rey es la de Cristo, mesa de verdad y pan celestial: y si escriben nuestros contrarios para agradar a los seguidores de vanidad, mayor razón es que se desvelen los amigos de Dios en despertar el apetito del ánima con nuevas escrituras y santas: y no es al fin nada nuevo(Ecl 1, 9), sino la impresión que todo está ya dicho, y los de estos tiempos en los hombros de los gigantes tan grandes y Doctores antiguos descubren tierra y andan el camino, de manera, que aunque el manjar sea muy usado y común, pues hace más de mil y quinientos años que esta oración se ordenó , bien tendrá razón ahora y aun las otras escrituras, que adelante de esta materia hablaren, no valdrán menos por haber otros escrito antes.

AGUSTÍN.–Ya quiero comenzar a entender en lo que pedís. Tened un aviso, y es, que cuando entráremos en el *Soliloquio,* porque el alegar muchas veces Santos Doctores y Sagrada Escritura, suele detener y cortar el hilo en el hablar; por tanto, irán sacadas a la margen muchas cosas que podéis ver en sus originales más cumplidamente. Jesucristo, por su gran bondad, que nos dio esta oración notada de su mano, alumbre nuestro entendimiento para entender tantos secretos como en ella se encierran, y sea su bendita Madre nuestra intercesora para recibir tales favores. Amen.

OROSIO.–Así lo suplico yo se me otorgue por los méritos de su santa Pasión.

AGUSTÍN.–Es cosa muy digna de considerar qué salva hace la Iglesia Santa y con qué cortesía entra para decir estas palabras: *Pater noster.* Cada día canta esta oración en el misterio soberano de la misa y el prólogo que le da, inspirada por el Espíritu Santo, es: *Amonestados con mandamientos sa-*

ludables de divino aviso, osamos decir: Padre nuestro, etc. Estos mandamientos saludables son los ejemplos de los santos del Testamento Viejo y Nuevo, a quien debemos imitar. Lo primero que Adán enseñó a sus hijos Abel y Caín, fue a orar. Así parece en el sacrificio que el uno y el otro ofrecieron al Señor (Gn 4, 1 ss). Noé muchas veces oró al Señor antes del diluvio y después. Enoch, Matusalén y Job, todos en ley natural que llamó San Pablo ley escrita en el corazón (Rom 1, 19 ss), tenían sus tiempos de oración para hablar con su Creador, y porque en la ley de Escritura lo mismo se nos enseñase, mandaba Dios que en las batallas fuese el sacerdote delante de los hijos de Israel para hacer oración y animarlos (Dt 20, 2-4), y con tal aviso, que aunque los contrarios fuesen muchos más, no temiesen, porque Dios se los daría vencidos. Así venció Moisés al tirano Amaleb, orando (Ex 17, 13), y los hechos tan ilustres de Judas Macabeo, por la oración fueron obrados (Ex 17, 1; 1 Mac 6, 7 y 9), de manera que dos veces que dejó de orar para ir a la batalla, fue de Antíoco vencido la una, y la otra fue muerto. ¿Qué diré del Testamento Nuevo? Santiago dice: *Orad los unos por los otros para que seáis salvos* (Sant 5, 16). San Pablo amonesta que jamás dejemos de orar (1 Tes 5, 16). Nuestro Salvador nos avisa que *siempre nos conviene hacer oración sin cansar* (Sant 5). Con tales preceptos de salud amonestados, osamos decir: *Padre nuestro que estás en los cielos, etc.* No llama aquí precepto de obligación, sino de reverencia, porque, aunque no nos obligue mandando, la amonestación de tales varones y su ejemplo, traen una obligación reverencial. Decir *formados de divina amonestación,* significa que la forma y la materia han de ser una cosa. La medalla de oro y el metal de que es hecha una cosa es, siendo informada de tal forma: así nuestra ánima había de ser formada en tal manera de esta bendita oración que el Señor aquí nos enseña, que jamás cesase un momento de orar con ella actual o virtualmente.

OROSIO.–Grandes cosas están encerradas en estas palabras santas que la Iglesia ordenó antes de esta oración: bien parece, siendo tan profundo el cimiento, cuán alto y suntuoso ha de ser el edificio que sobre él ha de estar.

AGUSTÍN.–Habéis de notar otra cosa y es que esta oración excede a todas las otras, no solo en dignidad por haberla ordenado el mismo Dios, Jesucristo nuestro Salvador, más aún es más compendiosa y breve [2], porque ni el más simple se excuse de no saberla, ni el más inhábil la pueda perder de la memoria. Aquí podemos decir lo que Isaías escribió en algu-

[2] SANTO TOMÁS, *S. Th. II-II q. 83 a 9*

na manera a nuestro propósito: *Palabra abreviada hizo el Señor.* ¿Qué más breve palabra que esta oración dulcísima, a donde no sólo está en suma todo lo que hemos de pedir, más aun el orden cómo se ha de demandar? Primero pedimos el fin que deseamos, y después los medios para venir a tal fin. Primero decimos: *Venga en nosotros tu reino, y* después decimos: *Perdonadnos, Señor, nuestros pecados;* y aun primero pedimos la gloria de Dios, diciendo: *Sea santificado vuestro nombre,* y luego pedimos nuestra gloria cuando demandamos el reino del cielo. Por lo primero, que es pedir que sea Dios y su santo nombre glorificado, amamos a Dios por sí mismo. Por lo segundo, que es pedir nuestra bienaventuranza, amamos a nosotros en Dios, como en fin último de nuestra gloria.

OROSIO.–¡Gran orden lleva esta oración! ¡Bien se manifiesta la grandeza del Maestro que la ordenó! ¿Pues qué decís de las otras peticiones que después se siguen?

AGUSTÍN.–También llevan gran hermosura y concierto las peticiones que faltan de decir para este fin deseado, que es nuestra bienaventuranza. En dos maneras hay medios: unos son que directamente nos guían allá y otros indirectamente; o si quisiereis más claro: unos méritos son principales, así como el mérito que nace de la obediencia que debemos tener a los mandamientos de Dios, y para esto decimos: *Señor, hágase en la tierra de nuestro corazón vuestra voluntad, así como en los cielos es obedecida sin resistencia* (Mt 6,10). Otros medios son accesorios, así como son las cosas temporales, de las cuales debemos usar como de instrumentos para ganar el cielo, dando limosna a los pobres y visitando enfermos; por tanto decimos: *Dadnos, Señor, nuestro pan de cada día,* a donde nuestro Padre San Agustín dice que se ha de entender todo lo necesario a la vida, porque en la Sagrada Escritura pan significa todos los manjares (Ez 16, 1-63). Así leemos de Sodoma, que su maldad nació de muy grandísima abundancia de pan y agua: claro está que una gente tan mala y que en tantos vicios vivía, que más comía que pan; a donde parece en este nombre pan, pedir todo lo temporal para sustentar esta villa.

OROSIO.–Ya en esas cuatro peticiones parece estar todo dicho, pues para el hombre interior está ya demandado lo que ha menester en esta vida y en la otra; ¿para qué son las tres que faltan?

AGUSTÍN.–Habéis de saber, hermano, que el concierto y orden maravilloso en esta oración está en tres cosas: lo primero, en pedir la gloria como último fin nuestro: ésta demandamos cuando pedimos el reino de Dios; lo segundo, en demandar el medio que directamente nos guía a este

fin, que, según dijimos, es la obediencia de los mandamientos de Dios [3]; por tanto, pedimos hágase en nosotros, Señor, vuestra voluntad; lo último, en quitar los inconvenientes y contrarios que para venir a este fin y gloria nuestra nos impiden, los cuales son principalmente tres: el pecado pasado, la tentación, para que de nuevo pequemos, y la tribulación y pena en que estamos (Ef 5, 3 ss). Del primero dice San Pablo: *Los fornicarios no poseerán el reino de Dios* (1 Cor 6, 9), para cuyo remedio suplicamos, diciendo: *Señor, perdónanos nuestras deudas.* Del impedimento de la tentación se quejaba David, que casi iba de caída una vez que fue tentado de sus enemigos; para esto oramos: *Señor, no nos dejes caer en la tentación.* La pena también nos retrae de la virtud, de la cual suplicamos ser libres con la última petición, diciendo: *Líbranos, Señor, de mal.*

OROSIO.– ¡Válgame Dios, que oración tan útil, tan medida en palabras y tan profunda en sentencias! No sé si la ignorancia de tantos misterios es causa que en otras se gaste el tiempo, que son como centellas de este gran fuego y como arroyos pequeños, comparados a este mar océano. De mi quiero decir que, pues el Redentor del mundo tal petición y oración me ordenó y me manda que pida mercedes en su nombre al Padre, que de hoy más, en virtud de este su santo nombre que aquí firmó en esta oración, oraré; y el Padre reconocerá las palabras y nota de su bendito Hijo Jesucristo; de manera que, con entera confianza osaré llegar al trono del rey celestial cuando hiciere tal oración. Solamente querría que, antes del Soliloquio, me digáis de aquella palabra primera *Padre nuestro,* para que sepa con quién hablo en esta oración, si se dice del Padre sólo, que es primera persona en la Trinidad, para quien el Hijo nos ordenó esta oración.

AGUSTÍN.–Después que el Hijo de Dios vino al mundo, tenemos clara noticia por fe de la Santísima Trinidad todos los cristianos, porque misterios tan subidos no se declaraban en la Ley antigua, sino a los profetas y varones muy acabados, como Abraham, que vio tres ángeles y adoró un Dios, y Moisés, Jacob y David [4] . De aquí es, hermano, que esta palabra, *Padre,* unas veces declara solamente la persona del Padre, que eternalmente engendra al Hijo, Verbo Dios infinito.

Esto quiso decir Cristo nuestro Redentor en aquello que dice San Juan: *Yo y mi Padre somos una cosa* (Jn 10, 30). En decir somos, declaró las personas, Padre e Hijo, y en decir una cosa, significa la unidad de la esencia. Otras veces este nombre Padre, significa la esencia divina, y tanto vale

[3] SANTO TOMÁS, *S. Th. II-II ubi supra Obedientia*

[4] GABRIEL, *Super Canticum,* lect. 74

decir, Padre, como decir, Dios, Señor y Creador nuestro. Así dijo San Pablo a los Efesios: *Uno es Dios, Padre de todos* (Ef 4, 6); y según la criatura reconoce sujeción al Señor, siempre diciendo *Padre,* habla con toda la Trinidad, Padre e Hijo y Espíritu Santo, un Dios y Padre que nos creó; de manera que en esta oración hablamos con toda la Santísima Trinidad, de quien esperamos recibir todo lo que en esta dignísima oración se contiene. También podríamos hablar aquí con el Padre, entendiendo una de las personas divinas, si en fin de cada petición o de todas, ponemos por medianero a su único Hijo y Redentor nuestro Jesucristo, diciendo como la Iglesia lo usa: *Concédansenos estas mercedes por los méritos de nuestro Salvador Jesucristo, el cual vive y reina por siempre, un Dios. Amén*

OROSIO.–Ya estoy satisfecho en todo lo dicho, así en la declaración del prólogo que la Santa Iglesia hace antes de esta oración dominical para declarar cuán gran atrevimiento sería decir a Dios *Padre* los que somos ofensores de su Majestad, como en el orden tan admirable que lleva esta oración, comenzando de lo eterno que debemos desear y finalmente acabando con pedir los medios para que los tres contrarios que habéis dicho no nos impidan el paso del cielo, bien será que ordenéis vuestro Soliloquio, como quien asienta el edificio sobre tales cimientos.

AGUSTÍN.–Con tales preceptos de salud amonestados y con tal aviso divino enseñados, hermano Orosio, sin temor osaremos decir a nuestro Creador y Señor.

Padre nuestro, qua estás en los cielos, santificado sea tu nombre: venga a nos tu reino: hágase tu voluntad en la tierra, así como se hace en el cielo. Nuestro pan de cada día dádnosle hoy: perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores: y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos de mal. Amen.

Soliloquio primero del "Pater Noster"

Padre nuestro que estás en los cielos[5]. Padre celestial, Dios y Señor mío. Padre, dos veces Padre, que de nada me creásteis, como hechura que soy de vuestras poderosas manos, dándome vuestra imagen y similitud, según en tan pequeño ser pudo ser dibujada, haciéndome capaz de vuestras misericordias y gloria para que entrase en la herencia del cielo y gozase de la beatífica vision de tan omnipotente Señor y Padre; siendo Vos trino y uno,

[5] San Agustín, *De Tempore,* ser. 182

disteis a mi alma que, siendo una, tenga trinidad de potencias tan admirables: entendimiento que os contemple por fe en esta vida; memoria que de Vos, muy piadoso Padre, se acuerde con firme esperanza; finalmente me disteis voluntad libre, con la cual, pues me amáis como hijo, os respondiese con la dulce paga de amor libre, honrándoos como a Padre. Gracias os hago infinitas y todas las criaturas sean lenguas que por mí os alaben por esta primera paternidad, que con tanta franqueza, no siendo yo, me hicisteis a vuestra imagen y similitud. Mas no menores gracias os debo, que, siendo por el pecado destruido, hijo de ira, cautivo del demonio, digno de penas eternas, me reengendrasteis redimiéndome a tan gran costa, dando vuestra sangre santísima y preciosa vida (Ef 2, 5-6). ¡Oh mi Padre piadoso! Si todo me debo emplear en vuestro servicio y amor por la deuda primera, creándome tan sin costa con una sola palabra vuestra, ¿qué daré, con qué pagaré la segunda filiación de adopción que me disteis (Gal 4, 7), poniendo a riesgo vuestra honra, vida y sangre, Redentor mío y Salvador dulcísimo? Con entera confianza y con entrañas amorosas de hijo, viéndome tan obligado a tan inmenso Padre, el cual me dio su espíritu para que ose llamar sin temor con tales prendas de amor confiado diré: *Padre nuestro que estais en los cielos.* Vos sois Padre que me hicísteis y poseísteis, segun la Santa Escritura y fe me dicen; Vos, como Padre, me predestinasteis antes de los siglos, amándome antes que tuviese ser por creación: y finalmente, redimiéndome se manifestó el poder cumplido que para ser hijo vuestro me dísteis, rasgando la escritura y obligación que el demonio tenía contra nosotros por el pecado, enclavandola en la cruz (Col 2, 14), a donde, como en banco y mesa real, se pagó mi rescate y de todo el mundo [6].

No digo, Señor, que sois Padre mío, sino Padre nuestro, porque ser hijo natural, quédase a vuestro mayorazgo eterno e Hijo verdadero Dios. De aquí es, que orando él, dijese: *Padre mío, si es posible pase este cáliz de mí* (Mt 26, 39): a nosotros, hijos adoptivos, bástanos, como hermanos, gozar de tan alto privilegio, que es llamaros, Señor, con vocablo familiar, dulce y amoroso, como es: *Padre nuestro* (Gal 4, 6). Hijos somos herederos por singular privilegio de adopción, recibida por los méritos de nuestro Salvador Jesucristo. Y aún sois Padre nuestro, porque a todos amáis y queréis que seamos salvos sin parcialidad alguna, si nosotros quisiésemos recibir las mercedes singulares que como hijos nos tenéis aparejadas antes de los siglos. ¡Oh, ánima , que en diciendo esta palabra *Padre,* te se habían de mover las entrañas con amor tierno y afervorado para con gran confianza pedir misericordia a tan poderoso Señor! ¿Qué mujer hay que se olvide

[6] SAN AGUSTÍN, *Super Lucam,* ser. 18

del hijo que parió con tanto dolor? dice este gran Padre: *pues si ella se olvidare, yo no me olvidaré de ti porque en mis manos te escribí* (Is 49, 5)

¡Oh, solicitud admirable de tal Señor que tanto caso hace de sus hijos! La madre se olvidará, mas nuestro buen Padre no perderá la memoria de nosotros y da la razón porque en mis manos lo escribí. Nuestro Padre San Agustín dice: ¡Oh, Señor, que ya no desesperaré, aunque mis pecados me amanecen! Esa escritura de clavos en esas benditas manos me dan voces que confíe como de Padre piadoso [7]: en ellas confiaré.

Estáis, Señor, en los cielos morando, en los cielos corporales y espirituales. No confesamos, Señor nuestro, que los cielos son bastantes a limitaros y encerraros, porque Vos dijisteis que llenáis el cielo y la tierra: y aun de Vos, Señor, está escrito, que sois más alto que el cielo, más profundo que el infierno, más largo que la tierra y más ancho que el mar. En todo estáis por presencia, potencia y esencia. Presente, porque todo lo veis: poderoso en todo, porque todo lo gobernáis y toda criatura os es sujeta por esencia, pues a todo inmediatamente os halláis, penetrando el ser de cada cosa y conservándola: más decimos que estáis en los cielos, por ser tan admirable su hermosura, ser y orden. En su grandeza entendemos vuestra potencia, en su orden vuestra sabiduría y en su influencia y luz vuestra bondad: de manera, que con tales tres lenguas dice David *que nos predican estos cielos vuestra gloria y grandeza* (Ps 18, 2): y aun decimos, que moráis en esos cielos porque así como la tierra, por estar continua y llegada mediante la influencia a los cielos, da sus frutos y es bien regida , bien así , dice Santiago, *que todo don, que es lo natural, y toda merced muy buena, que es lo gratuito, nos viene de to alto* (Sant 1, 17). ¡Oh, alma, cuando dices estar tu Padre en el cielo, entiende que allí más se manifiesta, a donde es lugar de los bienaventurados, el cielo empíreo, como el alma está en todo el cuerpo: y muy más se manifiesta en lo más alto , que es el rostro a donde los sentidos todos están juntos. Sube, pues, alma, tus deseos: ¿qué quieres en la tierra? ¿Qué te agrada en esta cárcel, confesando tener tal Padre, tan generoso, rico y glorioso en el cielo? . ¿Lugar de tan gran Majestad, tan abundoso de bienes, tan resplandeciente y hermoso? Oh! qué vergüenza es a los hijos que tienen y confiesan estar su Padre y Señor en el cielo, y ellos, apocados y abatidos, no amen sino la tierra y las heces de ella; y aun que reprensión merecen y cuan terrible castigo los que se atreven a llamar Padre a Dios, a los cuales el responde: *Vosotros sois hijos del demonio y su voluntad queréis cumplir: afligís vuestros hermanos: sois crueles, no usando con ellos de misericordia:*

[7] *Ps 122, 2; Magister* I, 2. 26

no os parecéis a mí, que soy piadoso , sino al lobo robador cruel Satanás. ¡Oh, alma, mira con qué conciencia dices *nuestro* a Dios. Considera en qué le pareces. Examine cómo guardas hermandad con tus prójimos; porque no to sea riguroso Juez este Señor, a quien tú dices *Padre nuestro.*

Padre nuestro que estás en los cielos. No solo, según ya es dicho, del cielo empíreo, a donde por más alta manera se comunica a los bienaventurados, caso que en el limbo fue paraíso, cuando Cristo le visitó, y la tierra fue cielo de gloria al ladrón, cuando le fue dicho: *Hoy serás conmigo en el paraíso* (Lc 23, 43), porque allí es paraíso, a donde se ve y goza Dios: más aún moráis, Padre celestial, en otros más nobles cielos, que son esos ángeles y querubines y almas de vuestros santos. Cielo es la conciencia, a donde no hay centella de infierno, que es pecado. Paraíso es el corazón, a donde no hay llaga de culpa. Cielos son vuestros amigos, Señor, porque hechos celestiales ciudadanos, su conversación tienen en el cielo[8]. Cielos son, que sin cesar ganan tierra, caminando apresurada-mente por la gran priesa que les da vuestro santo amor, como se lee de aquellos santos animales, que, *a manera de rayo, iban a donde les guiaba la fuerza poderosa del espíritu* (Ez 1, 12 ss). Cielos son, finalmente, porque todo lo rodean, trabajando de noche y de día, para dar agua de doctrina a las almas y luz de buen ejemplo y vida a los prójimos, siendo en todo obedientes a vuestra santa voluntad, como cielo que no resiste a la inteligencia que le mueve. Tal aposento y tan generoso como nuestra alma, no el ángel ni el querubín le puede morar, sino Vos, Padre Celestial, su Criador y Redentor. Moráis en los pecadores por presencia, esencia y potencies, según dijimos, que en todo lugar estáis; mas ellos no son cielos, sino infierno feo, espantoso y abismo de tormentos, mar de tribulación, muladar de mal olor. ¡Oh, padre, que con entrañas de amor tienes por bien de morar en tus santos cielos espirituales, para enseñar tus grandes *y* admirables tesoros! Hazme cielo, porque tal huésped merezca yo recibir. El Padre muestre en mí su poder, dándome fortaleza para no desmayar en la guarda de sus Mandamientos. El Hijo muestre su sabiduría, dándome entera lumbre de fe. El Espíritu Santo manifieste su bondad, infundiendo en mis entrañas su purísimo amor.

¿Qué olvido es este, alma mía? Que sueño tan pesado te tiene atónita? Pues dices Padre a tu Criador, olvida luego tu pueblo y la casa de tu padre el Adán terreno, porque el Rey de gloria te mire con ojos de amor y te ame. Ten confianza, que Padre es, y mírale amando a quien tanto te amó, que no siendo, te predestinó y te dió primero ser (Ef 1, 4 ss); y aun siendo

[8] SAN AGUSTÍN, *De verbis Domini*, ser. 28

hijo desheredado y enemigo Absalón (2 Sam. 15, 1 ss), traidor a tu padre, eras desterrada del cielo, y te adoptó en hija heredera de la gloria por su sagrada muerte y pasión. Pues dices ser Padre nuestro, dilata ese corazón amando a tus hermanos, siéndoles piadoso por amor del que es Padre de los unos y de los otros, y si confiesas que mora en los cielos, levanta tus deseos, pide cosas celestiales y eternas y no las que se acaban con el tiempo y perecen. Di con David siempre y en todo lugar: *A ti, mi Dios, alcé mis ojos, que moras en los cielos* (Ps 122,1). Suspira en este destierro, gime en tan mísera cárcel, pide con fervor que se derribe esta casa de adobes corruptible de tu carne flaca deseando subir a la casa y palacio real de este piadoso y soberano Padre, el cual no menos se precia tener sus pequeñuelos hijos tan amados en este valle de lágrimas, no faltándole tantos y tan nobles hijos en el cielo. ¡Oh, Dios mío, alegría de mi alma, Señor de mi corazón; habiéndoos reverenciado con benevolencia y cortesía con las tres palabras que Vos, Maestro mío, me enseñasteis, diciendo que sois *Padre y nuestro, que estáis en los cielos,* quiero, como pobre, comenzar a pedir limosna, y como vasallo demandar mercedes a tan liberal Señor! Mas ¿qué pediré? ¿De dónde comenzaré, de tantas necesidades combatido y de todas partes cercado? Todo lo quiero posponer; hijo soy, no pido mi interés; el siervo pide como siervo; el hijo ha de ser hijo en el demandar, conforme a la voluntad de su Padre: por tanto, será mi primera demanda desear y pedir vuestra gloria, vuestra honra y alabanza.

Soliloquio II
Petición Primera: Sea Santificado Tu Nombre

Sea, Padre de misericordia, santificado vuestro nombre[9] Muchos nombres os da, Señor, la Sagrada Escritura: *Adonai, Agios, Theos;* mas el que por grande amistad al Profeta Moisés declarasteis, fue el que más conforme os conviene: *Yo soy el que soy* (Ex 3, *14*). Diste por nombre vuestro ser divino, en ti mismo perfectísimo, infinito y santísimo, de cuya bondad, como pequeñas centellas, todo lo que es bueno y santo participa, en tanto que digáis Vos, Criador nuestro: *'Sed santos, que Yo Santo soy* (Lev. 20, 26): de manera, que vuestro nombre santo es, y por sí mismo, y en sí mismo santo. A nosotros ha de venir de lejos la santidad y bondad, como a necesitados de todo bien: y esto pedimos, que vuestra honra y gloria sea de todos conocida, de todos creída y deseada y aun de todos mucho loada.

[9] Santo Tomás, *S., Th. I, q. 13,a.11.*

Al hijo leal conviene que sea celoso de la honra del Padre: y si esto no tiene, no es hijo, sino enemigo. ¡Oh, alma mía, que poco sientes las ofensas de tan bueno y tan santo Padre! ¿No le oyes quejar por el Profeta: Grande es mi Nombre en las gentes vosotros le mancillasteis? Y otra vez se torna a quejar: Cada día mi Nombre es vituperado de vosotros (Mal 1, 6). ¿No miras tantas sectas de moros, turcos e idólatras, que dejando de dar gloria a un Dios, tienen mil errores y herejías? Y aun lo que más se ha de llorar, que hoy día entre los cristianos se comete el sacrilegio, que los hebreos una vez hicieron (Heb 6, 6), crucificando muchas veces los pecadores a Jesucristo, Señor nuestro, dentro de sus malas conciencias e infernales corazones.

¿Cuántos soberbios le escupen el rostro? ¿Cuantos avarientos les desnudan las vestiduras a sus pobres? ¿Y cuántos lujuriosos le azotan a la columna y dan los clavos de la Cruz, regalando su maldita carne con deleites [10] por cuyo remedio la carne del inocente fue llagada, y en la Cruz con clavos lastimada? (San Cipriano) ¡Oh, Padre Celestial, lo primero que suplicamos, como hijos obedientes y leales, es que vuestro Nombre sea santificado, sea en nosotros santo, que en sí mismo lo es en eternidad! Sea conocido de todos y adorado, no porque algo se aumente en sí mismo de esta honra, sino porque a nosotros nos glorifique y haga santos Supliquémoslo así, porque no somos nosotros bastantes a pensar cosa tan grande de nuestra cosecha: ¿cuánto menos podremos poner esta santidad por obra? Nosotros, de parte nuestra, ya lo pedimos; Vos, Padre Celestial, habéis de dar perfección a tan soberana obra.

¡Oh, miserable de mí! que para sentir mis ofrendas y vengar mis injurias, caudal hallo dentro de mí mismo; mas para compadecerme, Señor, de vuestras ofensas, y remediarlas, y castigarlas, hállome una piedra inmóvil y ni las siento, ni las basto remediar, si no me dais la mano de vuestro favor. Por tanto, suplico sea santificado vuestro Nombre en nosotros: séanos, Señor, vuestra gloria y honra, nombre dulcísimo en la memoria escrito, para que otra cosa no contemplemos. En la lengua sea panal de miel, hablando de vuestras misericordias siempre. Séanos en los oídos melodía celestial, en el entendimiento este por conocimiento y en la voluntad este plantado por amor y deseo. Santifíquese en nosotros, glorifíquese vuestro Santo Nombre; no sea blasfemado por nuestras maldades y vituperado con nuestros graves pecados. *Santo y terrible es vuestro Nombre* (Ps 110, 9) según lo entendió David. Santo quiere decir y puro: tal sea mi corazón, para

[10] SAN BERNARDO, Ser 6 de Quincuagésima.

que come vaso digno de tal reliquia y precioso tesoro, lo reciba. Espantoso es a los malos y suave a los buenos que le aman y glorifican. ¡Oh, Nombre dulce, Padre y Dios mío! que diré sino lo que la Esposa dijo de este Santo Nombre vuestro: *Aceite derramado es* (Cant 1, 3): todo lo quiere alumbrar, por ser luz verdadera (Jn 1, 9): todo lo quiere poseer, extendiéndose como aceite en el paño. Aceite derramado es, que toda la tierra tiene llena de sus misericordias para ablandar las postemas duras de nuestras soberbias y pecados. Sea santificado, mi Dios, este vuestro Santo Nombre en nosotros, santificando nuestras almas, derribando todos los errores, sectas e idolatrías, que los vanos hijos de Adán in ventaron (Ps 95, 5). Vos solo seáis, Padre nuestro, conocido: a Vos todos los hombres adoren: solamente a Vos glorifiquen, como a su Padre, Criador y Redentor; todos, finalmente, delante de tal Nombre y Ser infinito , que es sobre todo nombre, hinquen la rodilla y hagan homenaje, así los del cielo como los de la tierra (Flp 2, 10), y todos canten a una voz y digan: *Padre nuestro, que estáis en los cielos ,sea santificado tu bendito Nombre, admirable y santo.*

Soliloquio III
Segunda Petición: Venga a Nosotros Tu Reino

¡Oh Padre de misericordia! *Venga tu reino.* Primero demandamos lo que primero debemos desear como leales hijos, que sea santificado vuestro Nombre Santo y admirable en toda la tierra y cielo: que sea glorificado, conocido y declarado A todos los hombres: que nuestras vidas y obras sean santas, para que todos glorifiquen a Vos, Padre nuestro celestial, que moráis en los cielos. Ahora os suplicamos, Señor (pues somos hijos vuestros adoptivos (Gal 4, 7) y admitidos en la herencia por nuestro Redentor y mayorazgo natural) que venga ese reino, que se nos dé la posesión muy apriesa y parezca quien somos, y manifiéstese tan noble Padre como tenemos. Muchos reinos, alma mía, hay en la Sagrada Escritura, que aquí has de pedir. Es el primero la gracia y amistad de Dios, la cual llamó tu dulcísimo Esposo Cristo reino de Dios cuando dijo: *El reino de Dios está dentro de vosotros* (Lc 17, 21). Este es el reino de Dios, por el cual su. Majestad toma posesión de nuestra alma, desterrando a los tiranos que la poseían, el pecado y Satanás que la aprisionaban (Jn 12, 31). Esta gracia, que nos hace gratos a Dios, levanta bandera de amor en el homenaje de la voluntad, y da voces en alto pregón, y dice: Viva el Rey Jesucristo: *Mi Amado a mí y yo de él* (Cant 2, 16). A tal pregón de paces desmaya el campo de Holofernes maligno, habiendo, como aquella mujer llamada Judit, cortado la cabeza a

este enemigo (Jdt 13, 8): queda con la victoria la gracia, posee el alcázar del entendimiento por fe Cristo, Rey de los reyes y Señor de los señores (Ap 19, 16) ¡Oh, reino de paz, reino dulce! Venga luego a nosotros, Señor: cese el yugo de hierro penoso del rey, príncipe de los hijos de soberbia, Satanás (Job 1, 6); póngase el yugo suave de vuestra ley sobre nuestro cuello, y acábese ya el tributo maldito de temor, que antes pagábamos. Vasallos queremos ser y tributarios a vuestra Majestad, que pide ser amada de todo corazón, alma y fuerzas. ¡Oh, cautiverio libre y libertad admirable, pues a donde está el Espíritu Santo allí está la libertad verdadera! (2 Cor 3, 17). Venga, Señor, vuestro reino, de manera que se derribe luego el reino maligno de Babilonia, mundo, carne y demonio, cuyo fundamento es amor vuestro [11], hasta venir en menosprecio do sí misma el alma, humillándose y obedeciendo vuestros mandamientos y leyes de amor: y si tan precioso reino recibimos cada día, venga otra vez por aumento, y creciendo, vaya muy adelante, perseverando en vuestro amor sin cesar.

Venga también vuestro reino, Señor, a nosotros, dándonos clara inteligencia de vuestra Escritura Sagrada, de la cual dijisteis a los soberbios e ingratos fariseos: Yo *os digo, en verdad, que os será quitado el reino,* y *se dará a una gente que haga fruto en el* (Mt 21, 43*)*. ¡Oh, mi Dios, no nos desterréis por nuestra presunción de tal y tan precioso reino! Declárenos vuestro Espíritu Santo los misterios del reino tan escondido, cuyas leyes son amor de vuestra Majestad y de nuestros hermanos (Mt 22, 38-39). No nos queremos levantar con él: venga luego: entréguesenos para que hagamos frutos y no seamos peores que los de Gomorra, sin tal semilla y pan de vida. Aquellos ciegos presuntuosos se perdieron y cayeron, porque no sabían las Escrituras, eran ignorantes en este reino: désenos a los fieles que le habemos de heredar, desheredados los rebeldes y desobedientes hijos de aquella madre, la Sinagoga. Gocemos de sus tesoros: manifiéstensenos los secretos de tan maravilloso reino, pues el Padre ha de manifestar las verdades a sus hijos, según escribió el Profeta Isaías (Is 38, 19).

Finalmente, venga en nosotros vuestro reino, cesando la guerra y lucha continua de este tirano *nuestra carne, que siempre contradice al espíritu* (Gál 5, 19) Muera ya Esaú: salga vencedor Jacob: sea desterrado ya el hijo bastardo: y mande ya la casa Isaac, hijo de bendición, nuestro espíritu. ¡Oh, desventurado y abatido hombre, decía el bienaventurado Apóstol San Pablo, que sentía esta conquista! *¿Quién me librará de este cuerpo mortal?* (Rom 7, 24) Venga, Señor, ya este vuestro reino, porque *mi corazón y mi carne se*

[11] San Agustín, *De Civitate Dei,* 14, 1.

gozan en Vos, Dios vivo (Ps 83, 3). ¡Oh, guerra peligrosa, batalla continua! ¡Quien si por patrón no tiene al que es paz verdadera, Cristo, saldrá de ti sin llagas de muerte? Venga, pues, Señor, vuestro reino: cautívese el tirano: quede confusa Dalila engañadora (Jue 16, 6ss): no sea atado, ni preso el fuerte Sansón nuestro espíritu: ¿mas, cuando veremos tan gran triunfo, sino cuando el Rey vuestro Cristo Jesús pareciere el día del juicio, para dar el reino al Padre acabado y perfecto? Allí todos los predestinados, vasallos de vuestro reino, recibirán paga y salario doblado, gloria del alma y del cuerpo. *Los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre* (Mt 13, 43): serán bienaventurados los que comieren pan a vuestra real mesa. En aquel reino decís Vos, Señor, que vuestros amigos *levanten la cabeza y miren que se llega su redención.* ¡Oh, Padre piadoso, que ahora las cabezas caídas, desmayados y perseguidos, andan vuestros hijos! Los pensamientos malos nos persiguen: el mundo nos acomete: los ricos nos quieren destruir: el demonio presume como león de tragarnos(1 Pe 5, 9) [12] ; mas venido al reino vuestro, cuando saldremos al camino a vuestra Majestad hechos varones perfectos, libres do estas pasiones, exentos de tantas sujeciones y miserias, levantaremos las cabezas para mirar a Vos, Padre, reino y gloria nuestra que, habiendo redimido las almas daréis por la resurrección redención y libertad a los cuerpos que sean claros, siendo ahora tan obscuros y feos: sean ligeros , teniendo ahora tanta pesadumbre v molestia consigo: serán, finalmente inmortales y sutiles sin alguna contradicción ni desobediencia al alma [13]. Venga, Señor,tal reino, tan próspero y rico de todas maneras do riquezas. Siempre sois rey y tenéis entero dominio en vuestras criaturas (Ps 46, 3): mas, este reino, porque visiblemente parezca en aquel día, suplicamos a vuestra Majestad que venga a donde todos vuestros enemigos serán conocidos y castigados por tales, y vuestros amigos estimados y honrados por quien son. Pidamos, hermanos, con gran celo y fervor en esta petición, que se nos dé el reino de Dios, que es su gracia, para que del todo ya no enseñoree ni mande a nuestra alma el pecado que antes reinaba. Supliquemos humildemente nos reciba y escriba en el libro de los hijos y amigos de su reino. Demandemos el reino de su doctrina y escritura, porque el primer reino se sustente con tal favor y perseveremos en la amistad del Señor: finalmente, confiados de la promesa que nos dio, diciendo *que no temamos aunque pequeñuelos, pues agradó al Padre darnos su reino* (Lc 13,32): demandemos sin cansar que venga el día del juicio y reino de gloria , para que a la fe se le dé el premio de clara visión, a donde el

[12] SAN BERNARDO, *Ser in Quincuagésima.*

[13] SCOTO, D., IV, d 49, q. 33 a 7.

alma estará bienaventurada y satisfecha: a la esperanza se dará atención y posesión segura, para siempre gozar de tan inefables bienes: la caridad se le dará para siempre fruición perpetua. ¡Oh! alma, pues pides tal reino y demandas tal día, mira bien qué cuenta tienes, considera con qué conciencia dices cada día, *Señor, venga tu reino*: sea muy presto el día del juicio. Juez demandas: avísote que tengas hecho juicio de ti mismo: pesquisidor pides; mira, que tengas buen pleito, porque no te diga con los hijos del reino infernal: *Id, malditos, al fuego eterno*; antes con los hijos obedientes y caritativos oigas decir: *Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino que os está aparejado desde el principio del mundo* (Mt 25, 34-35). ¡Oh, palabra de Padre! Venid hijos; venid benditos; recibid el principado para reinar sin fin.

Soliloquio IV
Petición Tercera: Hágase vuestra Voluntad en la Tierra como en el Cielo

¡Oh, Padre de bondad infinita! habiendo suplicado a vuestra Majestad que se nos conceda ser vuestro santo Nombre glorificado en nosotros y honrado, vuestra gloria y gran poder de todos conocido y amado, y habiendo pedido el Reino (Mt 6, 10) que por vuestra gran misericordia antes de los siglos me teníades aparejado , no medio como el Rey Herodes, hombre mortal, prometió Herodías, sino reino perfecto, reino entero, que sin partirse a todos, participa y posee por admirable gloria: ahora debo pedir el camino, que es medio pare ir a reino tan glorioso. *Hágase, Padre nuestro, vuestra voluntad en la tierra así como en el cielo.* Vuestra santa voluntad buena es, agradable y perfecta. Buena infinitamente, porque es abismo de todas les perfecciones: agradable por su gran hermosura y graciosidad, sin respeto de algún descontento a quien la sigue y ama: perfecta es, porque siendo infinita en su ser y perfección, no sufre mezcla de algún defecto. A esta voluntad tan buena y perfecta conviene querer nuestra santificación y santidad. Esta se cumpla en nosotros, cuya voluntad en todo es contraria, siendo mala, fea e imperfecta, de dos millares de imperfecciones. Nuestro querer ciego es presuntuoso y sin tino. Nuestros apetitos desenfrenados, locos y sin razón, nos llevan tras sí desde nuestra juventud y niñez (Gén 8, 21): remédiese tan gran estrago. Padre nuestro, no sea hecha nuestra voluntad, sino la vuestra. Así como otro San Pablo, derribado por vuestra mano valerosa en el camino, donde le quisisteis convertir, demos voces a Vos, Señor, y decimos: *Padre nuestro ¿qué queréis que hagamos?* (Act 9, 3 ss) decidnos vuestra voluntad; ya renunciamos la nuestra, como herencia ma-

ligna y de mil pérdidas llena. Pues ye se me declaró vuestra voluntad por las señas de vuestros mandamientos, en los cuales nos pedís que seamos Santos, imitando a Padre tan santo, que es infinita santidad, enseñadnos a hacer lo que mandáis: merced grande es.

Lo primero y como de Padre a hijos, que nos declarásedes vuestra voluntad (Ps 142, 10); mas no menor tesoro es que nos enseñásedes a cumplir lo que mandábades, envidándonos a nuestro Dios e Hijo vuestro, Jesucristo (Jn 3, 16), que no vino a hacer su voluntad al mundo, sino la vuestra, Padre celestial. ¿Quien no negará su parecer y querer, suplicando con grande espíritu: *Hágase, Señor, vuestra voluntad?* Mas como esto sea cosa tan alta, tan dificultosa y perfecta, pedimos, gran Dios, que digáis un *fiat:* sea hecho; porque con tal palabra criasteis todas las cosas. ¡ Oh, Señor, qué gran obra de vuestras manos, que en nosotros sea hecha vuestra voluntad! El mundo criasteis de nada, y de nada hacéis un corazón en nosotros al molde de vuestra voluntad santísima (Ps 50, 12). Criad en mí una voluntad que os ame, un entendimiento que os entienda y crea y una memoria que de Vos, Criador mío, se acuerde sin cansar. Criad ojos que os miren, oídos que oigan, lengua que os guste cuan dulce y suave sois a todas vuestras criaturas.

Así en la tierra como se hace en el cielo. No pedimos, Señor, que sea hecha en un reino, ni en una ciudad, sino en toda la tierra. Vuestra voluntad, que queramos o no, se ha de hacer, porque nadie puede contradecir a vuestro infinito poder; mas suplicamos que por vuestra misericordia se nos conceda querer lo que Vos, Criador y Señor nuestro, queréis, y para todo lo cual decimos que así como en el cielo sois obedecido, así lo sois en la tierra. Esos cielos, sol, luna y estrellas, sin volver atrás, van suavemente por sus movimientos a donde Vos mandáis; vayan así nuestras potencias, voluntad, entendimiento y memoria por el camino de vuestra santa voluntad. Esta Iglesia militante allá está cimentada en esa triunfante, y por sus leyes de amor se gobierna, pues allá ven lo que acá creemos; allá gozan y aman en presencia lo que acá amamos y deseamos en ausencia (Ap 21, 1ss); teniendo allá el origen, justo es tenga la obediencia imitada de allá. Los ángeles con presteza os obedecen, los Santos con alegría no salen un punto de vuestra santa voluntad en el cielo (Ps 102, 21); Señor, sea así en la tierra de vuestra Santa Iglesia. Allá todo es paz, todo alegría, todo conformidad y hermandad; désenos acá en el suelo esa voluntad que nos apacigüe, según las nuevas buenas que los ángeles cantaron, nacido el Rey de paz en Belén, a los hombres de voluntad y deseo santo. Cielos son los justos, en quien Vos, Señor, moráis y en quien sois obedecido porque os

han dado su corazón y voluntad ; haced, Padre, así en los pecadores, que son tierra pesada, fea y corruptible, y a sí mismos graves y penosos por el amargor y hiel de sus pecados (Gen 3, 18).Hágase, Padre nuestro, vuestra voluntad en la tierra de nuestra carne, cuyos frutos son, cuando mejor la regalamos, espinas y abrojos de tentaciones y perversos deseos que hieren y matan al alma. El espíritu pronto está (Mt 26, 41), cielo es, y según él, servimos a la ley vuestra; mas otra ley tiránica nos intima a deshora esta mala tierra, para cautivarnos en pecado (Gal 5, 17) contra quien nadie basta, si no decís Vos un *fiat:* quo se haga lo quo Vos, Criador nuestro, mandáis. Sea ya todo cielo, cuerpo y alma; sigan a una vuestra santa voluntad; su hermosura amen solamente y en ella perseveren; de manera, que sea hecha de la tierra cielo, clara, sutil y muy lejos de las escorias del suelo. Hágase, finalmente, Señor, vuestra voluntad en la tierra de vuestra Santa Iglesia como en el cielo, que es nuestro Redentor Jesucristo, que para enseñarnos a dejar nuestro querer y seguir lo que Vos nos mandáis, descendió del cielo (Jn 4, 34). A él fue comer y beber, obrar vuestra voluntad; en ella, Señor, hallemos entero y abundoso gusto; séanos manjar en esta vida, que aunque en algo nos de trabajo y hallemos dificultad, en el cielo nos será beber suave v vino de consolación eterna. Esa recta y santa voluntad nos sea mesa y sustento en los trabajos, y vino de alegría en todo tiempo de adversidad. ¡Oh, voluntad santísima, que haces a quien te ama y sigue ser hermano de Cristo y hermana y madre! (Mc 3, 35); hermano, por herencia del cielo; hermana, por delicado y tierno amor; madre, por una sujeción maravillosa y dignidad no entendida, sino de los que de corazón orando dicen: Hágase, Señor, en todo y por todo vuestra voluntad en nosotros, que somos peregrinos en la tierra, así como se hace y cumple en el cielo por los ángeles. Amen.

Soliloquio V
Cuarta Petición: Nuestro Pan de Cada Día Dánoslo Hoy

Nuestro pan de cada día dánoslo hoy, Señor. Ya pediste, alma mía, tres cosas que pertenecen a los verdaderos hijos de Dios en el reino del cielo, demandando que sea glorificado y ensalzado su santo Nombre conocido y adorado de todos en el mundo, buenos y malos, fieles o infieles. Pediste más, suplicando viniese el reino deseado, así de gracia como de perpetua gloria. Finalmente, demandaste que la voluntad del Señor se hiciese en ti como en el cielo se hace, sin resistencia ni contradicción, renunciando ya tú querer y parecer, y ofreciéndote a los castigos y a los regalos que,

como Padre, tu Criador te enviare, en tanto que en este valle de lágrimas vivieres. Ahora te enseña tu Maestro a pedir otros bienes que han de acabarse con el tiempo, sin los cuales no puedes andar las jornadas penosas de tu peregrinación (Sal 36, 19; 2 Cor 1, 10-11); por tanto, suplica diciendo: Padre de misericordia, dadnos nuestro pan el de cada día. Este cuerpo mortal ha menester para sustentar la vida, que se le dé manjar conforme a su ser corpóreo; dadnos, pues, Señor, lo que habemos menester, declarado por este nombre pan, que es principal mantenimiento, según en la Sagrada Escritura hallamos. No nos deis pobreza ni riqueza, según pedía Salomón (Prov 30, 8), porque teniendo con demasía las cosas terrenales no nos olvidemos de vuestra Majestad; y si con notable falta nos viéremos, no seamos engañados de Satanás para hurtar lo ajeno. Pan pedimos, Señor, que es de necesidad; no superfluidades, no manjares que despierten la gula, porque escrito esta ser el principio de nuestra vida pan y agua. No demandamos vino, pues Noé, que fue el primero que lo bebió, ya pasado el diluvio, luego lo pagó y quedó afrentado, aún de su propio hijo Can, que viéndole embriagado se burló de él (Gén 9, 20-25). ¡Oh, alma! si oyes al Apóstol San Pablo, el cual dice: Teniendo lo necesario para el comer y vestiduras bastantes, no queremos más (1 Tim 6, 9). Y en otro lugar dice: Bueno es no beber vino ni comer carne: no tengáis tanto cuidado de ese cuerpo, cumpliendo sus deseos (Rom 14, 8). Mucho es de notar aquí que diga el Apóstol que los deseos males se cercenen y remedien, porque lo principal de la gula y de todos los vicios es el deseo y la codicia desordenada. Más querría que comieses carne sin haber pensado ni entendido en ello, ni como tu apetito lo desea cuando de otra mano te es dado, que no pan y fruta cumpliendo tu deseo y codicia. En cosa pequeña se comete simonía y pecado mortal por la demasiada codicia, que es la raíz del pecado; quiero decir que comiendo carne en el desierto (1 Re 17, 6), a donde Dios le proveía por un ave que se lo traía, hacia más abstinencia que Esaú con las lentejas, por las cuales perdió su mayorazgo (Gen 25, 33). Dadnos, Señor, nuestro pan de cada día; Vos proveéis todo el universo; a Vos miran todas vuestras criaturas para recibir ración; Vos les repartís de las migajas de esa vuestra mesa real de misericordia; Vos dais a la planta y hierbas, aves y animales, su manjar, y abriendo la mano, dais vuestra bendición a todo animal (Sal 144, 16), que es el hombre, en su tiempo y sazón, así como Padre. De estas palabras y sentencias que dijo David, entenderás, alma, que no te mandan pedir este pan, porque pidiéndolo se te dé, pues el Criador misericordioso da al león que no lo pide, y a la planta su mantenimiento; mas pídeselo, porque reconozcas al Señor, de cuya mano te vienen todos los bienes, y aun porque no pienses bastar

tu ingenio y solicitud, si el Señor no manda la tierra y los árboles que den sus frutos y al agua que crie sus peces; de manera, que demandando este pan, haces protestación y homenaje al Criador nuestro que te sustenta, el cual te dice que no seas como el caballo o bruto que se va al pesebre sin mirar primero al que le da de comer.

También debes considerar, que pides para todos, y todos piden para ti; porque tengas por cierto que los bienes que recibes demás de lo que te basta, son para tu hermano, que recibió de menos (Is 58, 7). Los que igualmente son hermanos, con igualdad parten los bienes que les dejó su padre: luego enemigo eres y no hermano, si no das del pan sobrado al pobre, para cuyo remedio te lo dio el Señor. ¿No sabes, alma mía, que el Redentor del mundo, no solo mandó guardar los pedazos que de aquella mesa tan cumplida sobraron, hartos ya tantos miles de hombres, más aún pidió cuenta sus Apóstoles que le dijesen el número de los canastillos que habían levantado? (Jn 6, 12) ¡Oh, gran Dios, cuan limitado os manifestáis en pedir cuenta, siendo tan largo en dar! Pues que esto es así, ¿que cuenta pediréis de los cuentos de renta que llevan los prelados de vuestra Iglesia y los reyes y señores cristianos? Pediréis, Señor, el pedazo de pan perdido, a donde sobra el pan a los perros y lebreles y falta a los hijos, vuestros cristianos y amigos. ¡Oh, gran juicio, que tiene el azor sobradas las aves, y el pobre enfermo no alcanza qué llegar a su boca! ¡Oh, alma mía, que no pediste, ni se te dio ese pan para hacer tal estrago, sino para que seas depositaria de tus prójimos y medianera de su remedio! Finalmente, has de considerar en esta petición, que no se reprende el cuidado necesario y moderado, para que ganes tu sustento, sino la solicitud superflua. Así dijo el Redentor: *No seáis solícitos en promover, que comáis y que vistáis: más es el alma que no el manjar: y el cuerpo mejor es que la vestidura* (Lc 12, 22). Como si dijera: Quien os dio lo más, tendrá cuidado de lo que es menos: quien os dio la vida, no os negará el mantenimiento: quien os proveyó de un cuerpo de tan gran primor y obra sutil, os proveerá de vestido necesario. Y porque no entendáis que revoco la sentencia que di contra vuestro padre Adán, merecida por su culpa, al cual dije: *En el sudor de tu rostro comerás tu pan*(Gen 3, 17), digo, que *miréis a las aves del cielo, a las cuales vuestro Padre celestial sustenta, sin que ellas aren ni alleguen graneros de trigo* (Lc 12, 24). Verdad es que el ave, ni ara, ni cava, mas hace lo que puede: vuela de una parte a otra y busca cada día su comida. Algo has de hacer para mantener tu familia, de trabajar tienes en la gobernación de tu casa, y si no sudares con el rostro corporal, sudarás doblado con la fatiga del espíritu. Siete diáconos en la primitiva Iglesia, llenos de Espíritu Santo, fueron elegidos para tener cargo del mantenimiento de todos los cristianos, pocos más de

tres mil (Hch 6, 3-4). Ni va esto contra lo quo el Señor dijo: *No penséis en lo de mañana* (Mt 6, 34) porque como guardas la vestidura que te quitas de noche para mañana, puedes guardar con prudencia los mantenimientos para sus tiempos, teniendo fe muy entera, que jamás te faltará Dios. En el Hebraico esta palabra cotidiano está *moar,* que quiere decir pan de mañana, porque la solicitud moderada, no es reprensible en lo presente, ni por venir; salvo en los que como los soberbios que presumían edificar torre tan alta, quo aunque otra vez Dios quisiese enviar diluvio, no se ahogasen (Gén 11, 1-9), puede tanto la falta de su fe y confianza, quo piensan por su lisiado ingenio prevenir la falta del pan, haciendo trojes pares largos años. Estos no dicen: *Dadnos, Señor, nuestro pan de cada día,* sino: Yo *me alzaré con el pan de los pobres para muchos años.* Estos son llamados locos en el Evangelio, a donde aquel rico fue reprendido, y la misma noche que determinó hacer mayores sus trojes le abrieron la sepultura doblada aquí y en el infierno (Lc 12, 13-21). Esta solicitud demasiada fue causa de gran castigo A los hijos de Israel en el desierto (Sal 77, 21): y aún fue el castigo como de inquisición, siendo con fuego abrasados, porque San Pablo dice ser *idolatras de su vientre los tales* (Flp 3, 19). ¡Oh, alma mía! peregrina eres, pan de cada día debes pedir, saliendo como caminante cada mañana a coger el maná (Ex 16, 21) y pan de misericordia que tu Padre Celestial te da. Acaba ya esa harina de Egipto, da fin a tu desconfianza y veras los favores de Dios. Cristo dijo a su bendita Madre, cuando hubo la falta de aquel vino en Cana: *Madre, no es venida ni hora* (Jn 2, 4). Como si dijera: aún no se ha dado fin al vino que ellos han proveído; cuando se acabe, Yo proveeré. Deja venir la hora de este Padre poderoso, dando fin a una hora y solicitud demasiada, si quieres ver las maravillas de Dios. Mira las aves, vuela con alas de amor y fe, sube en alto tu corazón cada vez que pides y llamas al Señor, dadnos el pan nuestro de cada día. Hijos somos, el pan se nos debe, nada queremos de más, hacednos merced solamente de lo necesario.

Mas porque hay otro hombre más noble, que es nuestro espíritu, y tiene vida más preciosa y ha menester pan más delicado, notarás, alma, que no solo para el cuerpo, mas, para ti, pides pan cotidiano, pan espiritual y pan sacramental.

No puedes vivir, ni tener fuerzas sin el pan que el Señor dijo ser la palabra suya: esta es dulce como la miel, a quien con el deseo la oye. La doctrina llama David lámpara, que va delante para no tropezar y caer (Sal 118, 5): y San Pablo dijo *ser espada de dos filas,* porque con ella vencemos nuestros enemigos (He 4, 12). Para dar tal pan a los fieles, se exentaron los

Apóstoles del cuidado de la administración corporal, eligiendo aquellos siete diáconos, porque la oración y la predicación deben andar muy a una; de manera, que aquí suplicamos que no nos quite el Señor la mesa de la doctrina santa y que no nos azote, apartando de nosotros los predicadores y doctores que han de partir el pan a los pequeños niños que lloran y lo piden. Suplicamos a nuestro Señor que los Ministros sean tales, que nos den este pan muy sin salvado y levadura de presunción y mal ejemplo de su desordenada vida. No puede faltar jamás que la doctrina sea menospreciada del que tiene buenas palabras y perversas obras. Oramos al Señor pidiendo lo uno y lo otro, porque no solo este pan haga nosotros buen provecho, más aún a los que lo parten engorde y sustente, los cuales deben ser como los que reedificaron a Jerusalén, que tenían la una mano en la espada y la otra en la obra: con una mano defienden al pueblo predicando y con la otra obran. Firmaban por ejemplo lo que enseñaban .por palabra, no llevando como Urías las letras en la mano, para su daño y condenación.

Finalmente, aquí pides, alma, el tercer pan, que es sacramental. ¡Oh, Padre Celestial y Criador nuestro!, dadnos el pan de cada día: dadnos a Cristo nuestro Redentor, el cual se puso nombre de *pan vivo descendido del cielo para darnos vida* (Jn 6, 36). Este pan bendito es el que conforta el corazón nuestro (Sal 103, 15). Este pan es sin trabajo, que Vos, Señor, nos dais, a donde todos los gustos y sabores están encerrados. A unos sabe a paciencia, a otros a fortaleza, caridad y castidad y todos sabe a todo lo que ellos desean alcanzar de los tesoros de Dios. Dádnosle, Padre Eterno, que nuestro hermano se hizo para nosotros. Nació pequeño en Belén, según decían los Ángeles aquella noche gloriosa (Lc 2, 15). Para nosotros peregrino treinta y tres años. Nuestro se llamó en la cena dando el poder de consagrar, no a los ángeles, sino a los hombres que tan gran oficio recibiesen de sacerdocio. Nuestro es en la cruz, nuestro en el huerto, para nosotros preso, atado y puesto en la cruz. Dádnosle calla día para como Elías andar con fortaleza hasta el monte vuestro de Horeb, el cielo (1 Re 19, 7-8). San Pablo dice *que este Pan sacratísimo Cristo, es hay v ayer* (Heb 13, 8). Hoy, porque es Dios, a quien nada es pasado ni por venir, de quien es verdad lo que Vos, Padre, decís: Yo *to engendré hay* (Sal 2, 7). También hay ayer por parte de su humanidad, cuya muerte y pasión ya fue, resucitando al tercero día para darnos insignia muy cierta de nuestra resurrección [14]. Este Pan se llama sobresubstancial por ser pan de ángeles y de gente generosa y muy noble. Dadnos este pan santo de gracia (Lc 11, 13), porque

[14] SANTO TOMÁS, *S. Th. I q. 13 a. 11.*

no hay quien le pueda merecer ni comprar. Hoy le queremos de día y de noche, en resplandor de fe viva y no en obscuridad de pecado. Dadnos tan admirable Pan debajo de aquellas especies de pan, para que nuestra hambre de veros en la tierra de los vivos se aumente y crezca, y la hambre rabiosa de este mundo y carne enferma muera (Ecl 5, 19-19) [15]. *Pan de vida es y de entendimiento, voluntad y memoria.* Cada día suplicamos se nos dé para mayor aumento de nuestra fe y virtudes. ¡Oh, Pan de vida celestial, que das vida y fortaleza a mis sentidos, disminuyes y sacas de raíz mis malos deseos, desbaratas mis pecados, das descanso a los vivos y sacas de pena a los muertos! Tal se nos dé, Padre nuestro, luego, hoy, en esta vida, para que mañana le gustemos por clara visión en la vida eterna. Veis aquí, alma, los tres panes que has de pedir a tu amigo con gran perseverancia cada día (Lc 11, 6 ss): pan corporal, demandando lo necesario a la vida para ti y para tus prójimos; pan espiritual de doctrina, y, finalmente, pan sacramental, que es Cristo, verdadero Pan de vida.

Soliloquio VI
Quinta Petición: Perdónanos Nuestras Deudas, Así como Nosotros Perdonamos a Nuestros Deudores

Perdonadnos, Padre divino *nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores* [16]. Si deuda debemos, Señor, deuda se nos debe; si ofendemos a vuestra Majestad, también somos de nuestros hermanos ofendidos. Hacednos merced de dar perdón general, que ya nosotros tenemos perdido el enojo con los que nos ofendieron. Aquí, alma mía, se nos da aviso de cuan flacos somos, pues queda ordenada la petición de mano de nuestro Maestro sapientísimo Jesucristo, quo demandamos perdón al Señor, y que si cada día pecamos, quo cada día llamemos a la puerta de la misericordia de Dios. ¡Oh, gran confianza para nuestra flaqueza que nos manden pedir perdón de nuestras faltas! Quien ruega quo le rueguen, puerta debe de tener abierta a la piedad y misericordia. San Juan dice que *si dijéramos ser sin pecado, que de nosotros mismos nos engañamos nos y no decimos verdad* (1 Jn 1, 8). En pecado somos concebidos, en pecado nacidos, con pecados y siniestros para el mal vivimos siempre; de manera, quo diga Job *nadie ser limpio en el acatamiento del Señor, ni el niño que es nacido de un día* (Job 254). Todo pecado deuda es, porque siendo libres por la gracia, nos

[15] Gabriel, *Super Canticum,* lect. 5.

[16] San Agustín, *De tempore,* ser. 126.

cautivamos y adeudamos, siendo tributarios del demonio (Jn 8, 44), cuya obligación ya Cristo borró con su bendita sangre *y afijó en la cruz,* como afirma San Pablo (Col 1, 22); porque entendamos que si llamaremos con verdad pidiendo perdón, que por sus méritos luego seremos perdonados; por tanto, decimos quo nos perdone y no que le pagamos, porque la paga hizo nuestro Salvador y con gran demasía; de manera, que somos perdonados de justicia, respecto del Señor que aquí nos mandó pedir perdón, y de parte nuestra se nos perdonan de gracia las deudas, pues éramos dignos de castigo como ofensores de Dios.

Aquí, según nuestro Padre San Agustín declara, pedimos remedio para las culpas veniales de cada día y somos despertados a hacer penitencia de toda ofensa de Dios venial. Estos veniales delitos no nos apartan de nuestro Criador; mas no se han de tener en poco, pues contra tan gran Majestad no hay ofensa que no se deba huir con aviso. También porque de pequeña raíz nace un zarzal grande, y de chiquita víbora se hace serpiente mayor; no porque el venial jamás pueda ser mortal culpa, mas, porque es una disposición para venir al pecado mortal [17]. Por esto dice el Eclesiástico *que el que menosprecia las cosas pequeñas, irá dando de manos y caerá poco a poco* (Eclo. 19, 1). A los que se consagraban y dedicaban a Dios, que se llamaban nazarenos, era prohibido en la ley, no solo beber vino, más aún ni comer vinagre ni uvas, porque de lo poco no viniesen a lo mucho. Las uvas no embriagan, ni el vinagre; mas quien del todo aborreciese el vino, huiría de todo lo que es materia o se hace del vino; bien así, quien quiere estar lejos de la culpa mortal, debe huir aun la venial; mas como al fin somos enfermos, conoció el Médico nuestra flaqueza y proveyó de medicina, ordenada de su mano, para que, pues cada dio pecamos, cada día pidamos perdón diciendo: *Perdónanos nuestras deudas,* Señor, pues de vuestra bolsa y tesoro ya se hizo la paga en nuestra redención. Bien está, dice Cipriano, que tal oración hagamos cada día, que nos dé a entender quien somos y remedie nuestros males. Estos pecados veniales llama San Pablo astillas, heno y leña (1 Cor 3, 13), porque todo enciende el fuego. Más presto se quema el heno que la leña, para que entendamos ser unos pecados veniales mayores que otros [18] . Mala es la palabra ociosa y, como heno , presto se quemará en purgatorio; mas muy peor la palabra dañosa al prójimo, caso que no sea notable el daño, que llegue a culpa mortal, leña es, y más años tardará en el fuego, el cual, como dice nuestro Padre, aunque no es eterno, excede a toda pena que en este mundo se puede hallar; en tanto,

[17] SANTO TOMÁS, *S. Th I-II,* q. 84,a.1 ad 1.

[18] SAN AGUSTÍN, *De civ. Dei.* San Buenaventura 4 d. 20 q 16 a. 9.

que digan los teólogos que los dolores tan espantosos de nuestro Redentor en su Pasión no fueron mayores que las penas del purgatorio, mas bastó a librarnos de las penas del infierno, por ser quien era Dios verdadero el que padecía y por su gran caridad con que por nosotros murió.

Perdónanos, Señor, *nuestras deudas,* no solo las veniales, más aún las mortales, que dividen entre nosotros y Vos como muro de enemistad culpable [19]. Nuestras llamamos estas deudas, porque siendo deudores a Dios de temor, amor y obediencia, como Criador, la cual nos pide diciendo que le sirvamos de todo corazón, damos al mundo y carne el tributo de amor que al Señor debíamos; de aquí es que, huyendo de una deuda, que es amor de Dios, caigamos en otra, que es condenación de pena eterna; y aún es nuestra deuda coda pecado, según aquí confesamos, por ser de nuestra voluntad mala, que es más nuestra que cosa alguna de las que poseemos. Finalmente, llamamos nuestra la culpa y deuda; y la misericordia y perdón pedímosle a Dios, porque escrito está: *Tu perdición, Israel, de parte tuya es; el remedio y favor solamente nace de mí bondad.* ¡ Oh, alma, que todos los males tuyos son; no te excuses como Adán con Eva, y como Eva con la serpiente. No digas mi carne me venció, el demonio me engañó; libre eres y nadie para el pecado te pudo compeler. Tu perdición de ti nace; to la quisiste, y el remedio solamente de Dios viene. Él ha de hacer el perdón por su gran largueza y caridad; no desconfíes, qua buen abogado tienes delante del Padre, a Jesucristo, Hijo suyo y Redentor nuestro. El aboga por ti; Él representa los azotes, las espinas, la cruz y clavos que por ti padeció; Él es tu Patrón, como te avisa San Juan (1 Jn 2, 2). En buenas manos está tu pleito; solamente te pide que importunes y digas: Padre de poderosa Majestad, perdonad nuestras deudas; acordaos que heristeis por remediarnos y lastimasteis a vuestro amado Hijo, con cuyas llagas y cardenales sanaron nuestras heridas del pecado (Is 53, 5). El llevó nuestras deudas a la mesa de la cruz y pagó por nosotros (Is 53, 12); y llamándonos para recibir firma del perdón, dijo: *Padre!, perdonadlos que no saben lo que hacen* (Lc 21, 34). Al ladrón luego le dio el perdón en diciendo: *Acordaos de mí, Señor* (Lc 21, 42) Yo lo mismo suplico; perdonadme lo mucho que debo, y aun perdonad las deudas inciertas, como lo suplicaba David diciendo: *De los pecados que yo no sé, limpiadme, y de los ajenos dadme, Señor, perdón* (Ps 18, 13-14). Muchos pecados hacemos que no los entendemos, Señor, para los cuales pido gracia y misericordia. De los pecados ajenos pido perdón, pues de ellos fui ocasión por mi poco mirar y mal ejemplo. Todas son deudas: dadnos perdón de ellas, según vuestra gran misericordia y bondad.

[19] GABRIEL, *Super Canticum* , lect. 7.

Si bien has considerado, alma, de tres deudas pides perdón: la primera es de la culpa venial; la segunda de la mortal; la tercera de la pena por tus pecados debida: mas ya será bien que oigas con que condición has de ser oída y perdonada: *Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores,* perdonadnos, Rey de divina Majestad, nuestros pecados. ¡Oh, que suave es el Señor, dice nuestro Padre San Agustín, pues to remedio y perdón de tus males, puso en tus propias manos! *Si perdonáredes las ofensas a vuestros hermanos, dice Cristo, el Padre Celestial luego perderá el enojo quo de vosotros tiene, y si no, tampoco esperéis perdón* ¡Oh, humana, ceguedad, qué privilegio tan olvidado, y que libertad ésta tan mal usada en la cristiandad! Llama San Pedro ley y yugo pesado, que no se podía llevar por su dureza la ley antigua (Hch 15, 10), A donde era mandado que el ofendido fuese satisfecho con igualdad: de manera, que si le sacaron un ojo, el que ofendió, perdiese otro; si cortó mano, que pagase con serle quitada una mano; y ahora, por nuestras culpas, en la ley suave de gracia hay muchos peores y más crueles, que a palabras responden con manos, y a injurias solamente de lengua se da castigo de muerte. ¡Oh, míseros miserables, cristianos solamente de nombre, pues son peores que fariseos en tales venganzas, limitando el Señor aquel castigo riguroso de la ley vieja , con tanta moderación, que diga: Yo *os amonesto, que no resistís al mal* (Mt 5, 39). No solo dijo no os venguéis, como entonces en aquel tiempo se vengaban; más dijo: *No resistís al mal.* Mira que en aquella parábola del siervo, que debía a su Señor mil marcos, y no teniendo de donde pagar, le mandaban vender la mujer y los hijos; y al fin oró de rodillas, pidiendo tiempo y espera: el Señor, liberal, perdonóle toda la deuda; a donde se concluye, que como otro su deudor debiese trescientos reales a este siervo primero, no se los quiso perdonar, hasta que, puesto en la cárcel y cadenas, cobró su deuda. Esto fue gran enojo para el Señor, el cual, sabiendo lo que pasaba, tornó a llamar al siervo, que ya era libre de la deuda, y díjole: *Siervo malo, perdonéte, porque me suplicaste; ¿y no fuera razón que tú también perdonaras a tu hermano y deudor? Echadle,* dijo el Señor al triste, *en la cárcel, y sea maltratado en prisiones, Así,* dice nuestro Redentor, *se habrá con vosotros mi Padre, si no perdonáredes de corazón a vuestros hermanos* (Mt 18, 32-35). Altísima doctrina es aquesta, y espantosa parábola, que solamente la letra admira, cuanto más los misterios escondidos en ella serían admirables. Solamente porque esta petición nos ha detenido, quiero que notes, alma, que la deuda que debes a tu Dios son diez mil marcos, y todo lo que te ofende y debe tu hermano, son trescientos reales: de manera, que cuánto hay de diez mil a trescientos, tanto es mayor el perdón que de Dios recibes, que no el que a tu prójimo concedes. No seas ingrato, cristiano: mira lo que te perdona tu

Padre Celestial, por lo poco que tú perdonaste al que te enojó: y aun mira, que lo perdonado ya, por la ingratitud, dice aquí el Señor, se tornó a pedir por nuestra deuda, porque temas, si no perdonas, la cuenta, no solo de los pecados presentes, más aun de los pasados, y que ya se perdonaron. Si te diera ayer uno una bofetada, la cual ya perdonaste, dándote otra hoy el mismo ofensor, le aborreces doblado, y lo que ya se perdona, vuelve a resucitar en nueva ingratitud: de donde se saca, que mandándonos el Señor, según dice San Juan, *que quien ama a Dios, ame a su prójimo* (1 Jn 2, 10-11), cada vez que deseamos venganza de nuestros hermanos, ofendemos de nuevo a Dios: y decirle, Señor, perdonadnos en la manera que perdonamos nosotros, teniendo rencor en el corazón, le ofendemos, mintiendo, pues con verdad no es así[20] . Casa de paz es la Iglesia: y como quiere el Señor que con el tengamos paz, quiere también y manda que la tengamos con nuestros hermanos, pues somos miembros de un cuerpo místico, cuya cabeza noble y preciosa es Cristo, salvo si los tales, cuando llegan a este paso, no pasan adelante, callando estas palabras, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores, como dice San Crisóstomo que algunos simples suelen hacer, los cuales, no solo son locos por desordenar la oración que la Suma Sabiduría así ordenó, mas piensan que Dios no mira más al corazón del que ora, que a las palabras que dice, como la principal oración sea la del corazón. Estos son semejantes a Pilato, que quiso enmendar en el inocente Cordero, cuando le manda azotar Mt 27, 27-31), la maldad que él tenía y los que lo acusaban, siendo ellos los pecadores: bien así, estos vengativos que piden perdón y no dicen que ellos perdonan, quitan de esta bendita oración y enmiendan lo que deberían enmendar y quitar de sus entrañas podridas y corazones ponzoñosos, llenos de venganzas: y aun también parecen a este mal Juez, que se lave las manos mancillando su corazón, cuando sentenciando a nuestro Salvador, dijo: *Inocente soy en esta muerte de Jesús Nazareno* (Mt 27, 24). Lavan sus manos éstos y piensan ser inocentes, diciendo: Señor, perdonadnos, y condenan a su hermano, afilando el cuchillo para la venganza dentro de sus corazones. Verdad es que cuando este enojo es do la pasión y sensualidad flaca y en fin la razón no lo querría, no por eso debe dejar de hacer esta oración el cristiano, suplicando que cese la guerra de aquella venganza para perdonar quien le injurió, y aunque sea del todo malo, no debe dejar de orar: pues así como el que no tiene enemigos a quien perdone, ora con verdad como miembro de la Iglesia, en cuya voz habla también el pecador que no perdona, dice verdad hablando, según voz común, y en lugar de la Iglesia, a donde

[20] SANTO TOMÁS, *S. Th. III, q. 88, a. 3.*

machos perdonan cada día las ofensas que le son hechas y perdonarían las que les hiciesen de nuevo por amor de Dios. Perdonad, Padre, nuestras deudas; perded el enojo de nuestros pecados; quítese la pena que de ellos debíamos. No podemos pagar, que somos pobres y flacos; de riquezas ajenas nos aprovechamos; veis ahí los dolores, cruz y muerte de vuestro precioso Hijo; firmadme el perdón luego; ya veis la condición del contrato cumplida. Vos decís que si perdonáremos, que seremos perdonados (Mt 6, 14); desde ahora olvidamos las injurias y enojos de nuestros prójimos; y si algún rastro queda, pedimos fortaleza de gracia para ser perfectos, pareciendo a tan Santo Padre, que su sol manda que alumbre sobre los buenos y malos, y da sus misericordias para los justos y pecadores.

Soliloquio VII
Sexta Petición: No nos dejes caer en la Tentación

Padre de poder infinito, Dios nuestro, no nos dejes caer en tentación[21]. Flacos somos y enfermos; polvo y ceniza sin firmeza alguna; los enemigos fuertes y muchos; Vos sois poderoso para librarnos; no nos dejéis caer en la tentación. Has de notar aquí, alma, que tentación no es otra cosa sino manifiesta experiencia de cosa incierta y escondida. Tienta el demonio para engañar, el hombre para saber y Dios para enseñar[22]. Para engañar a Eva, tentó Satanás por medio de la serpiente (Gén 3, 5), cuando en el paraíso terrenal nuestros padres pecaron (Gén 3, 1 ss); y en el desierto este mismo tentador acometió al Señor, cuando le dijo que hiciese de las piedras pan, y que se derribase del pináculo alto del templo, y que le adorase en el monte (Mt 4, 5-9). En todo era engañador cauteloso, cuyo oficio es (como sea padre de mentira e inventor de falsedad), tentar los hombres para engañarlos miserablemente. El hombre también tienta para saber lo que no sabía antes. Así la reina Sabá tentó con argumentos muy sutiles al rey Salomón, para ver si era tanta su ciencia cuanta era su fama (1 Sam 10, 1-3). También el rey David leemos que tentó si podría ir armado contra el filisteo Goliat (1 Sam 17, 38-39); esto fue para saber de sí mismo si le convenía ir armado o no. Finalmente, el hombre tienta a Dios para saber lo que él, por su poca fe, duda. Así se quejaba Dios de aquel pueblo de Israel, que le había tentado diez veces en el desierto, a donde vieron., aunque a su costa, el gran poder de Dios en el maná, y en el agua de la piedra, y en

[21] San Agustín, *De Tempore*, 134.

[22] Gabriel, *Super Canticum*, lect 77.

las codornices que les envió (Ex 16, 1 ss). Esto es gran blasfemia y maldad, porque Dios tenia mandado que nadie le tentase. Nuestro Dios no tienta para mal, sino para nuestro provecho; no para que Él sepa nada de nuevo, que todo lo sabe en eternidad, antes que sea alguna cosa, sino para que el que es tentado se conozca a sí mismo, y también los otros sepan quien es (Sal 94, 9). Así tentó Dios al Patriarca Abraham cuando le pidió en sacrificio a su hijo Isaac (Gén 22, 1-14); lo primero, para que en el caso tan arduo se viese la grandeza de su fe; lo segundo, para que hasta que el mundo se acabe todos los hombres entiendan la perfecta obediencia y amor de Dios de este varón, pues sin dudar ni argüir con Dios que le pedía el hijo, en quien le había prometido de aumentar su linaje así como estrellas del cielo, obedeció. Y para que concluya, por esto el Señor leemos haber puesto en tan gran trabajo a los hijos de Israel en el desierto (Deut 13), porque se manifestase si le amaban de todo corazón o si era fingido su amor. ¡Oh, alma, si entendiésedes el secreto, cuando eres afligida de cualquiera tribulación que padeces, cómo dirías con San Pablo: Gloríeme en las tribulaciones! ¿No sabes que to avisa Santiago que debes hacer fiesta y alegrarte cuando eres tentado? La tentación obra en ti paciencia; la paciencia te deja probado por tal; la probación engendra esperanza, la cual jamás es confundida (Sant 1, 15), que es áncora firme, en la roca fortísima, Cristo, asentada. No es posible, dice nuestro Padre San Agustín, pasar la vida sin tentaciones ni a concierto, ni le puede haber sin ellas. La tentación limpia la escoria de nuestras imperfecciones, ella hace subir en grandes quilates las virtudes, danos la victoria contra nuestros contrarios y déjanos sabios y diestros en la guerra, vencidos los enemigos. El profeta David, mar grande llama a este mundo, a donde hay tantos animales, grandes y pequeños, que son sin número (Ps 103, 6ss). Cada vicio es una bestia fiera, cada sentido un enemigo y cada demonio un león que nos cerca para tragarnos. ¡Oh, gran Dios! ¿qué diremos, gusanos pequeñitos, sino derribados en tierra, dar voces: *Padre celestial, no nos dejéis ser vencidos en la tentación?* Los pequeños se van huyendo a los brazos de su madre, y allí se hacen fuertes, no teniendo otro remedio sino dar voces para ser favorecidos; bien así nosotros un solo remedio tenemos, y es llamar a nuestro celestial Padre, dando voces en la oración.

No pedimos aquí, alma, no ser tentados o que Dios no permita venir tribulaciones, porque estas más aprovechan que dañan a los buenos y a los malos; los buenos hacen mejores, pues allí se humillan y salen más prudentes para vencer al león satánico, porque San Pablo dice que *al amador de Dios todo le sucede para bien* (Rom 8, 28); como el buen estómago, que cualquier manjar que recibe gasta y da fuerza a los miembros

con él. Mira que por ser gran amigo de Dios Job fue tentado, y Tobías no más de por ser varón justo fue atribulado. Estos son los mensajeros del cielo, y cifras con que se escriben Dios, y sus amigos, tentaciones y trabajos de esta vida. ¿Pues qué diré del malo? ¡Oh, cuánto bien le es el azote al descaminado para que vuelva a la ley de Dios, así como a palos volvió Dios aquel su pueblo con grandes castigos para que dejase la idolatría y cesase de murmurar en el desierto! (Sal 77, 2-72) de donde se concluye para unos y otros ser gran merced de Dios la tentación y trabajo que Dios envía y permite en los hombres. Dos maneras hay de tentación: una exterior, cuanto lo de fuera, y otra interior, cuanto al corazón. Exteriormente somos combatidos de todo lo visible y terrenal, siendo nuestros sentidos puertas de muerte por donde somos conquistados y muchas veces vencidos. Por tanto, pedía el Profeta: *Señor, apartad mis ojos que no vean la vanidad* (Sal 118, 37). Lo vano y sin provecho ven los ojos vanos, y pierden la vista de lo verdadero y suma verdad, Jesucristo. La tentación interior levanta muchas veces el demonio tomando armas de las cosas exteriores y de nuestras malas inclinaciones, porque es astuto en pelear, aprovechándose de las armas del contrario; mas al fin, dice San Pablo: *Si Dios es de nuestra parte, ¿quién será bastante contra nosotros?* (Rom 8, 31). ¡Oh, Rey de divina majestad, no nos dejéis caer en la tentación! Ponednos a vuestro lado y venga quien quisiere ; *no os apartéis de nosotros, que la tribulación estará cerca* (Sal 24, 20); el mundo nos halaga y regala la sensualidad; Dalila, engañosa, siempre se queja y demanda buen tratamiento; el demonio cerca la ciudad de nuestra alma con todos los vicios y ejercito de maldad que viene en celada; hijos somos y pequeños; Padre nuestro sois Vos omnipotente; si fuéremos tentados, no seamos, Señor, vencidos; si acometidos, no por eso derribados; extended la mano de vuestro favor; Levantados, tomad las armas y el escudo y *sed nuestro patrón* (Sal 34, 2-3). Dos pajaritos no caen en el lazo, que valen una blanca, sin vuestra voluntad; luego todo lo que sufrimos y padecemos, de vuestra mano poderosa viene. Tentáis para enseñarnos como el maestro que pregunta al discípulo, y nos probáis para que nuestra fe resplandezca más. Dadnos triunfo, caigan en el lazo que armaron contra nosotros los enemigos, y suceda en nuestro provecho lo que ellos trabajaban para nuestra perdición y daño, porque cantemos, Padre, vuestras misericordias en eternidad (Sal 70, 8); y porque pasando por agua y fuego entremos en el reposo y descanso (Sal 70, 8), que tenéis, como Padre piadoso, aparejado a vuestros caballeros leales, dándoles con tentación esfuerzo y consuelo, para darles después el reino eterno por premio. Amen.

Soliloquio VIII
Septima Petición: Libradnos del Mal

Padre Santísimo, libradnos del mal, no solo de la ocasión del mal de la culpa, que es la tentación, más aún del mal de pena en que ahora estamos y de la que después de esta vida tememos[23]. Tres males muy grandes, alma mía, te pueden detener para no venir al fin deseado, que es ver a Dios: el primero y mayor es el pecado, y por esto ya dijiste: *Señor, perdonadnos nuestras deudas que pecando hicimos;* el segundo es la tentación exterior o interior, por la cual, como flacos, son derribados los hombres, como vimos en el rey Saul, David y Salomón que, siendo tentados, pecaron gravemente; el último mal y el menor con que esta oración fenece, es suplicar que seamos libres de la pena, la cual, por ser nosotros gente flaca, nos podría hacer impacientes y que perdiésemos et merito no perseverando en la virtud. A esta causa, como quiera que nuestro libre albedrío no sea bastante para vencer sin el favor de la gracia, suplicamos con mucha razón, diciendo: *Padre nuestro piadoso, libradnos del mal de pena que padecemos y aun de la que tememos en la otra vida.* Nuestro bienaventurado Padre San Agustín dice que en la petición antes de esta pedimos ser libres de esta mala tentación que nosotros tememos, la cual no ha venido. En la presente petición suplicamos ser remediados de la grande adversidad que ya nosotros padecemos[24] ; de manera, que ni tan sola una jota no hay de más ni de menos en esta muy maravillosa oración, en cuyo concierto y profundidad parece bien haber sido no otro el que la compuso sino el que es Sabiduría infinita, Jesucristo (1 Cor 1, 24); o digamos con San Crisóstomo que este malo de quien pedimos ser libres por el favor de nuestro Dios, es el demonio.

Señor, libradnos del malo, inventor de maldad; malo, no por naturaleza, pues bueno fue criado de la mano de Dios, sino malo por su malicia y padre de maldad (Jn 8, 44). De este malo y perverso enemigo, como de fuente, nacen todos los males, alma mía; de él salen las herejías, las cismas y supersticiones; él es artífice de malos pensamientos, representando imágenes de los pecados pasados delante del entendimiento, como otro Faraón que sale a caballo y en carros de gran ejército contra los que han dejado Egipto y van camino de la tierra prometida (Ex 15, 1 ss), que es el cielo. ¡Oh, malo y capitán de maldad, que andas enlazando las almas, sembrando guerras y molestando corazones! David se quejaba de este enemigo y decía que venía muy favorecido de gran caballería y carros

[23] Santo Tomás, *S. Th.II-II, q. 83, a. 9.*

[24] *Magister Sententiarum II,* d. 27.

de guerra (Sal 19, 8); mas nosotros llamamos el nombre del Señor. Este nombre es decir: Padre, amparadnos y defended vuestros hijos del malo engañador. Levantad la vara de vuestro poder, abrid el mar, haciendo camino para nosotros, a donde el maligno capitán y su gente egipciana queden ahogados y perezcan. Este malo tome armas de nosotros para contra nosotros, pelea con nuestras riquezas, hace saetas con las honras y deleites, es diestro en pelear, astuto en ardid de guerra; y finalmente, derriba al que no es favorecido del Padre Celestial, nuestro Criador; mas, al fin puede poco, porque le tasa las fuerzas nuestro buen Padre, midiéndole las armas cuando pelea con nosotros; de manera, que nada puede sino lo que permite Dios, que es infinito en poder. El brama y cerca la ciudad, amenaza y quiere espantar (1 P 5, 8); mas no puede herir ni sacar sangre, sino al que se le rinde y de voluntad se da por vencido. Ya el Redentor del mundo le echo un freno a la boca y le abrió con las armas de su cruz la mejilla, según dice el Santo Job (Job 50). Los clavos de hierro que padeció Cristo, freno es, que a este dragón quebranta los dientes; y así, en ocho días que estuvo incrédulo Santo Tomás Apóstol (Jn 20, 26), no le pudo tragar, porque con freno no puede comer el caballo. Abriole la mejilla con el golpe de la lanza, para que ya se le caigan los pecadores que tenía en la boca para tragar, como leemos del ladrón bienaventurado y San Pablo, San Agustín y San Cipriano. Señor, pues como sacasteis a tantos, libradnos del malo y per-verso que inventa todos los males, o digamos así: ¡Oh, Padre, libradnos del malo!, esto es, libradme de mí mismo, quo soy el mayor malo de todos, pues todos los males nada pueden contra mí, si yo no me quisiere hacer mal.

Esto sentía San Pablo cuando lloraba diciendo: *¡Oh, mísero de mí, quién me librará de la muerte de este cuerpo!* (Rm 7, 24) Lo mismo decía David: ¡*Oh, Señor, libradme del hombre malo y del varón maligno me defended!* (Sal 139, 2) Mal hombre llamó a su cuerpo; y no solo malo, más aún maligno, cruel. Ves aquí, alma, el mayor contrario que tienes y a quien más debes temer. Este cuerpo mortal pesado es el quo molesta el alma, habilítala para el mal y hócela inhábil para el bien (Sab 9, 15). No te admires, si te hallas pesada y tibia para orar y obrar virtud, que este malo te va a la mano, él participa de estos elementos, y de aquí le viene su inhabilidad. Del fuego nos viene el encendimiento de ira, del aire la presunción y soberbia, del agua la frialdad y tibieza, y de la tierra la pesadumbre y cansancio. Conviene, pues, pelear y esperar el día deseado de la resurrección, en el cual todo será al contrario, recibidos los cuatro dotes de gloria, por los cuales será esta carne del todo sujeta al espíritu, y con ella el alma obrará más perfec-

tamente que sin ella[25]. Allí este cuerpo recibirá lumbre de claridad, según Cristo nos promete, a la manera del resplandor del sol, que jamás desdice su luz. También será ligero quitada la pesadumbre de antes; será sutil, que así como ahora el cielo no impide nuestro pensamiento, cuando le presentamos delante del Señor, el cuerpo no será detenido, cuando el alma quisiere penetrar los cielos. Finalmente, será esta como inmortal para que ya las almas debajo del altar no digan: Señor, vengad nuestra sangre (Ap 9, 4); más en lo alto del altar de Dios serán del todo sacrificio vivo del Señor, gozando de la bienaventuranza en cuerpo y en alma[26]. En tanto, Padre nuestro, pues hay tanto peligro, libradnos de este malo, defendednos de este tirano que tiene cinco reyes tributarios bien valerosos, estos cinco sentidos, con quien tiene hecha alianza para guerrearnos. Señor, sacadnos de tal red y cárcel, porque cantemos luego con David: *Quebrantasteis mis cadeas; por tanto, os ofreceré sacrificio de alabanzas* (Sal 116, 16-17). Oh, Señor, que este es mi deseo, loaros sin contradicción, alabaros con alegría y gozar de vuestra suavidad sin temor de culpa, lo cual no puedo en compañía de este malo, sino con gran trabajo, peligro y sudor! Libradnos presto de este malo y del enemigo Satanás; rescatadnos de toda pena y aflicción, pues sois Padre misericordioso. Amen.

Así sea, Padre bendito, no se nos nieguen estas mercedes; dad la firma a todo lo suplicado. Amen. Aquí se declara, Señor, nuestro deseo y vuestra liberalidad juntamente, pees decís que acabemos diciendo: amen; que quiere decir: Fiat. Palabra y lenguaje propio vuestro, del cual usasteis para criar todas las cosas. Decid, Señor, un, *fiat,* como a la Cananea dijisteis: sea así, según tú quieres; cúmplase to deseo; perdónense nuestros pecados; cúmplase vuestra voluntad en todo; venga ya vuestro reino en nosotros; sea santificado vuestro Nombre, adorado y conocido de todos; no seamos traídos en tentación, sino libradnos de todo mal. Amen.

OROSIO.–Demás de haberse declarado tantas cosas que yo deseaba saber en esta oración tan soberana, quisiera entender por qué se limitó en siete peticiones, y aún, según mi ignorancia, deseo oír como lo tengo de rezar, si vocalmente o si mentalmente; mas ya otra vez me dijisteis que no debía ser importuno en preguntas, pues era ya fin de la obra esta suma: no me atrevo a pasar adelante.

AGUSTÍN.–Con toda brevedad responderé dos palabras a vuestras dudas, porque no quedéis sin alguna satisfacción. A lo primero responde

[25] Scoto, D., IV d. 4 q. 13, 14 y 15.

[26] Santo Tomás, *S. Th. III q. 85, a. 1.*

nuestro Padre San Agustín, que este número de siete encierra en sí todos los días y tiempos, según vemos que en siete días de cada semana pasan todos los meses y años; y aun en siete unidades sumó el Profeta Isaías (Is 11, 2) todos los Dones del Espíritu Santo, los cuales, aunque son tantos, se pueden reducir a siete: Espíritu de sabiduría y entendimiento, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia v de piedad y espíritu de temor del Señor. Bien así todas las oraciones de la Sagrada Escritura están sumadas y abreviadas en estas siete peticiones; de manera, que todas las veces que los Profetas y Santos pedían sea glorificado el Nombre del Señor y demandaban el Mesías prometido, decían: *Señor, sea santificado vuestro Nombre*[27]. Cuando David pedía quo sus pisadas fuesen por Dios concertadas (Sal 18, 13-14), no era sino decir: *Señor, hágase vuestra voluntad.* Pedir Salomón que ni pobreza ni riqueza le diese Dios (Prov 30, 8), era decir: *Dadnos nuestro pan de cada día.* Alegar David su mansedumbre contra las persecuciones que padeció con Saúl y Absalón, su hijo, era decir: *Como yo perdoné a mis enemigos, perdonadme, Señor de mis pecados.* Pedir San Pablo ser libre de la tentación que padecía (2 Cor 12, 8), es decir: *Señor, no nos permitas caer en la tentación.* Suplicar ser libre de este pesado y penoso cuerpo, era decir: *Libradnos del malo*; de manera, que según San Cipriano, aquí podremos muy bien decir con Isaías, que el Señor hizo una palabra breve, que es esta compendiosa oración, la cual, así como mar océano, a todas las otras comprende cortando la corriente a todos los ríos y oraciones que sean. Encierra también los siete Dones del Espíritu Santo y las siete Bienaventuranzas; porque si el temor santo hace bienaventurados a los pobres de espíritu (Ps 18), según el temor casto que permanece para siempre, demandamos también que su *santo Nombre sea conocido y glorificado de todos.* Si la piedad hace que sean bienaventurados los mansos, con ella hemos de suplicar que *venga el Reino de Dios deseado.* Si la ciencia obra en los que lloran sus culpas en el destierro en que viven, que sean bienaventurados, esta ha de hacernos decir que *la voluntad del Señor se cumpla en la tierra, así como en el cielo,* sin haber resistencia. La fortaleza hace ser bienaventurados los que han hambre y sed de la justicia, a la cual pertenece orar, pidiendo *el pan cotidiano* hasta que vengamos a la visión y gusto del Pan de vida en el cielo. Al consejo, como a Don del Espíritu Santo, conviene hacer bienaventurados a los misericordiosos, al cual también pertenece *perdonar deudas ajenas, para ser perdonado el que debe alguna deuda a Dios.* Al Don del entendimiento pertenece dar nombre de bienaventurados a los limpios de corazón, y a ese mismo conviene orar, que *no seamos derribados*

[27] SAN AGUSTÍN, *Ad Hebraeos,* ser 22.

en tentación, para que nuestro corazón no se inficione en las cosas de la tierra. Finalmente, si al séptimo Don del Espíritu Santo, que es sabiduría, conviene hacer bienaventurados a los pacíficos y que se llamen hijos de Dios, también le conviene pedir libertad y remedio para *no caer en algún mal,* porque no pierda la libertad de hijos de Dios.

OROSIO.–Ahora digo que conciertan bien los Dones del Espíritu Santo y Bienaventuranzas con estas siete peticiones, y que la Sagrada Escritura es armonía del cielo, en la cual los dos querubines de oración, que son la profecía y el Evangelio, se están mirando (Ex 25, 19). Decid algo de lo segundo, cómo se ha de rezar.

AGUSTÍN.–Puédese rezar esta oración, hermano Orosio, en muchas maneras: unos usan de ella como por lección, que a la verdad es y muy sutil: éstos leen atentamente estas palabras, tan llenas de misterios, y esta es la primera gracia de cuatro que nuestro Padre Señor San Agustín pone para escalar el paraíso[28]: otros dicen esta oración meditando: esto es subir un grado más alto, considerando con atención toda palabra, así como quien en la boca va quebrantando el manjar, para sentir gusto: así lo hacía David, cuando dice que meditaba de noche con su corazón, y se ejercitaba limpiando su espíritu (Sal 76, 3): otros suben más alto, haciendo oración y subiendo su espíritu con un vuelo muy acelerado, con deseos vivos, inflamados en amor de Dios: finalmente, otros de aquí levantan su contemplación, llegando a lo más alto del Monte Santo, de quien dijo David que nadie subía, si no fuese inocente de manos, que es pureza de vida y limpio de corazón, que es de buenos deseos. Esta contemplación es como premio del trabajo padecido en la lección, meditación y oración: y es como un sueño que envió. Dios a Adán, para declararle más soberanos misterios (Gén 2, 21): es una admiración que saca de sí misma la Reina Sabá en presencia de la majestad del verdadero Salomón, pacífico Jesucristo, y aún es un maná, que solamente sabe su gusto suave quien le recibe (Ap 2, 17): y, finalmente, es una noche buena, que David llama luz en sus deleites (Sal 138, 11), porque allí, no solo cesan los sentidos , y se quedan al pie del monte como los criados de Abraham, para sacrificar su mayorazgo Isaac (Gén 22, 5), más aun todo el discurso de entendimiento y conceptos de las criaturas, que antes tenía el alma, así como en la tiniebla santa que entró Moisés para hablar con Dios (Ex 24, 18): el entendimiento humano se obscurece, obrando Dios aquella paz del alma, que todas las fuerzas naturales excede, de quien nuestro Padre San Agustín dice que si

[28] SAN AGUSTÍN, *De escala paradysi.*

se perpetuase, no parece que habría otra felicidad. Verdad es, hermano Orosio, que muchas personas muy espirituales no sienten estos excesos y arrobamientos, contemplando estos misterios, así como Adán, cuando puso nombre a las criaturas (Gen 2, 20), contemplaba, salvo que allí usaba de los sentidos, porque hay tres maneras de contemplación diversas, según veréis en el *Monte de contemplación* luego con el favor de Dios . En este *Vergel de oración* ha sido mi entender subir el alma hasta el tercero grado, pues de la oración será llevada a la contemplación muy presto, de donde no hay más que subir. Por ahora baste ya lo dicho: ¡Vaya Jesucristo nuestro Redentor con vos!

OROSIO. –Ese mismo Señor quede en vuestra alma y de galardón entero del cuidado y trabajo, que para consolar mi alma habéis tomado; mas quiero brevemente por despedida decir lo que tengo entendido de esta oración tan perfecta. Paréceme que en sentencia habéis dicho así:

Oración

Padre Celestial, que de nada nos criasteis, haciéndonos a tu imagen y similitud. Padre, que nos redimisteis, dándonos tu preciosa sangre y vida: tú nos diste nueva regeneración por gracia, haciéndonos tus hijos por adopción y singular privilegio: nuestro sois, pues hechura somos de vuestras manos y nosotros hijos de tal y tan Santo Padre. Vuestro trono es en los cielos, a donde por admirable gloria .os manifestáis a los ángeles y ciudadanos celestiales y aun moráis en las almas santas, que son cielos dignos por vuestra misericordia, y adornados para ser aposento de tan soberano Señor. Lo primero que suplicamos es, pedir vuestra gloria y honra, que sea santificado vuestro santísimo Nombre; y, pues, vuestro ser es infinito, que todo lo gobierna, rodea y sustenta, sea de todos alabado y glorificado, mayormente de las criaturas racionales, que con claro entendimiento y libre voluntad, dándole Vos favor, os pueden loar y servir. Pedimos lo segundo, que venga vuestro reino en nosotros, que se nos dé la gracia, por la cual tomáis luego posesión de nuestras almas, desterrando al tirano demonio, carne y mundo, que antes reinaban. También deseamos ver el reino de majestad vuestra en el día del juicio, a donde seréis, Señor, conocido por quien sois, de los buenos amado y de los malos temido; mas suplicamos que vuestra santa voluntad sea cumplida, así como en el cielo, en la tierra y valle de lágrimas, donde moramos: allá sin resistencia los ángeles cumplen vuestros mandamientos; acá, Señor, en el suelo seamos todos obedientes a vuestra voluntad, dejando todo tan siniestro parecer y

querer. Dadnos, Señor nuestro pan de cada día, remediando nuestras necesidades en todo lo temporal, pues de vuestra mano, y no de otro, lo recibimos todo. Proveed nuestra alma de pan espiritual, que es vuestra santa doctrina, dada por vuestros ministros los predicadores, en cuya lengua habláis a nuestras almas, dando confianza de vuestras misericordias a los pecadores. No nos falte, Señor, el pan de vida, que es vuestro Santísimo Cuerpo y Sangre, ofrecido en el altar cada día, porque en el camino de esta peligrosa jornada no desmayemos. Perdonadnos nuestras culpas, Señor y Padre nuestro, saliéndonos a recibir los brazos abiertos, según lo hizo aquel Padre misericordioso con su hijo, que venía destruido y llorando: ya perdonamos nuestros hermanos las ofensas que nos hicieron; justo es que se nos dé luego perdón general de nuestros pecados. No nos permitáis caer en la tentación que nos aflige, pues nuestras fuerzas son ningunas, si de Vos no somos defendidos. Los enemigos son muchos y de grandes fuerzas: a Vos llamamos por Patrón, debajo de cuya bandera y favor peleamos. Vos solo sois poderoso; Vos, Omnipotente Señor, dadnos la mano, haciéndonos libres del mal de pena y de culpa; libradnos, Padre piadoso, del maligno, que es Satanás, y dadnos fuerzas para ser libres de este malo, que es nuestro cuerpo, para que saliendo el espíritu con la victoria, a Vos siempre de alabanzas, a Vos de gloria, por todos los siglos. Amen.